

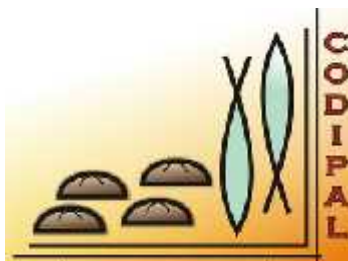
COMISIÓN DIOCESANA DE PASTORAL LITÚRGICA
Diócesis de San Juan de los Lagos

Subsidio litúrgico
para celebrar en familia el

V DOMINGO DE CUARESMA
Ciclo **A**



- Durante la emergencia sanitaria -



RITOS INICIALES

Reunida la familia en el lugar más acorde que hayan dispuesto para la celebración (hay que prever un pequeño altar: con un crucifijo, un par de velas encendidas, y un signo que recuerde el tiempo de cuaresma) y en un ambiente de silencio y recogimiento interior y exterior, tiene lugar la siguiente celebración que podrá ser guiada por quien haga cabeza en la familia.

Puede entonarse un canto apropiado, oh el siguiente:

**Al reunirnos en nombre del Señor,
Cristo esta entre nosotros.**

1. Vamos a oír la palabra de Dios:
nuestra luz y verdad.

**Al reunirnos en nombre del Señor,
Cristo esta entre nosotros.**

Terminado el canto, el que guía dice:

En el Nombre del Padre del Hijo,
y del Espíritu Santo

Todos se santiguan y responden:
Amén.

Saludo

Luego el guía dice:

Bendigamos a Dios Padre,
que nos reúne en nombre de Cristo
para que unidos con toda la Iglesia
estemos en comunión los unos con los otros
por la fuerza de su Espíritu Santo.

Todos responden:
Bendito seas por siempre Señor.

Enseguida, hace la siguiente monición:

Jesucristo, nuestro Señor, es la resurrección y la vida, la luz que ilumina las tinieblas de nuestras vidas, el agua que mana hasta la vida eterna. En el Evangelio de este Domingo Jesús volverá a Betania, la casa de los amigos, enfrentará a una situación difícil y dolorosa: la muerte de Lázaro. Jesús va para dar esperanza, para fortalecer la fe de Marta y María y devolver la vida a Lázaro. De esta manera, volverá la alegría a esa familia, a los discípulos y a los que los acompañaban.

Súplica de perdón

A continuación, el guía, invita a todos a pedir perdón, conscientes que quien necesite celebrar el sacramento de la Penitencia lo ha de buscar al paso de la contingencia sanitaria.

El guía invita al arrepentimiento:

En medio de esta emergencia sanitaria, en que realizamos este momento de oración familiar para santificar el Domingo, pidamos a Dios que nos conceda la conversión de nuestros corazones, reconociendo que estamos necesitados de la misericordia del Padre.

Se hace una breve pausa de silencio.

Después el guía dice:

Señor, ten misericordia de nosotros.

Todos responden:

Porque hemos pecado contra ti.

El guía prosigue:

Muéstranos, Señor tu misericordia.

Todos responden:

Y danos tu salvación.

El guía concluye con la siguiente plegaria:

Dios todopoderoso
tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados
y nos lleve a la vida eterna.

Todos responden:

Amén.

Acabad la súplica de perdón, el guía dice la siguiente oración:

Señor Jesús, tú eres la resurrección y la vida; quien tiene fe en ti no morirá nunca. Con Marta y María te decimos: “Señor mira que tu amigo está enfermo”. Ahuyenta de nuestros corazones la tristeza, que nos aplasta como una losa sepulcral. Quita de nuestros rostros las vendas que nos envuelven como fúnebres mortajas. Cuando tú lloras a la vista de nuestro dolor, como lo hiciste ante la tumba de Lázaro, nos llenamos de gozo, Señor. Entonces estamos seguros de que tu voz nos llamará de nuestras tumbas para vivir en el gozo de tu amor para siempre. Escúchanos, tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

R. Amén

LITURGIA DE LA PALABRA

Como preparación a la escucha del Evangelio, y permaneciendo de pie, un miembro de la familia proclama el siguiente salmo, diciendo:

Oremos con el Salmo 129, y digamos todos:

R. PERDÓNANOS SEÑOR Y VIVIREMOS

Desde el abismo de mis pecados clamo a ti;
Señor, escucha mi clamor;
que estén atentos tus oídos a la voz de mi súplica. **R.**

Si conservaras el recuerdo de las culpas
¿Quién habría, Señor, que se salvara?
Pero de ti procede el perdón,
por eso con amor te veneramos. **R.**

Confío en el Señor, mi alma espera y confía en su palabra;
mi alma aguarda al Señor,
mucho más que la aurora al centinela. **R.**

Puede dejarse un momento de silencio contemplativo.

Entonces el que guía dice:

Escuchen, hermanos, el santo Evangelio según san Juan
11, 1-45

En aquel tiempo, se encontraba enfermo Lázaro, en Betania, el pueblo de María y de su hermana Marta. María era la que una vez ungió al Señor con perfume y le enjugó los pies con su cabellera. El enfermo era su hermano Lázaro. Por eso las dos hermanas le mandaron decir a Jesús: "Señor; el amigo a quien tanto quieres está enfermo".

Al oír esto, Jesús dijo: "Esta enfermedad no acabará en la muerte, sino que servirá para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella". Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro. Sin embargo, cuando se enteró de que Lázaro estaba enfermo, se detuvo dos días más en el lugar en que se hallaba. Después dijo a sus discípulos: "Vayamos otra vez a Judea". Los discípulos le dijeron: "Maestro, hace poco que los judíos querían apedrearte, ¿y Tú vas a volver allá?" Jesús les contestó: "¿Acaso no tiene doce horas el día? El que camina de día no tropieza, porque ve la luz de este mundo; en cambio, el que camina de noche tropieza, porque le falta la luz".

Dijo esto y luego añadió: "Lázaro, nuestro amigo, se ha dormido; pero yo voy ahora a despertarlo". Entonces le dijeron sus discípulos: "Señor, si duerme, es que va a sanar". Jesús

hablaba de la muerte, pero ellos creyeron que hablaba del sueño natural. Entonces Jesús les dijo abiertamente: "Lázaro ha muerto, y me alegro por ustedes de no haber estado allí, para que crean. Ahora, vamos allá". Entonces Tomás, por sobrenombre el Gemelo, dijo a los demás discípulos: "Vayamos también nosotros, para morir con él".

Cuando llegó Jesús, Lázaro llevaba ya cuatro días en el sepulcro. Betania quedaba cerca de Jerusalén, como a unos dos kilómetros y medio, y muchos judíos habían ido a ver a Marta y a María para consolarlas por la muerte de su hermano. Apenas oyó Marta que Jesús llegaba, salió a su encuentro; pero María se quedó en casa. Le dijo Marta a Jesús: "Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano. Pero aun ahora estoy segura de que Dios te concederá cuanto le pidas".

Jesús le dijo: "Tu hermano resucitará". Marta respondió: "Ya sé que resucitará en la resurrección del último día". Jesús le dijo: "Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y todo aquel que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees tú esto?" Ella le contestó: "Sí, Señor. Creo firmemente que Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo".

Después de decir estas palabras, fue a buscar a su hermana María y le dijo en voz baja: "Ya vino el Maestro y te llama". Al oír esto, María se levantó en el acto y salió hacia donde estaba Jesús, porque él no había llegado aún al pueblo, sino que estaba en el lugar donde Marta lo había encontrado. Los judíos que estaban con María en la casa, consolándola, viendo que ella se levantaba y salía de prisa, pensaron que iba al sepulcro para llorar allí y la siguieron.

Cuando llegó María adonde estaba Jesús, al verlo, se echó a sus pies y le dijo: "Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano". Jesús, al verla llorar y al ver llorar a los judíos que la acompañaban, se conmovió hasta lo más hondo y preguntó: "¿Dónde lo han puesto?" Le contestaron: "Ven, Señor, y lo verás". Jesús se puso a llorar y los judíos comentaban: "De veras ¡cuánto lo amaba!" Algunos decían: "¿No podía éste, que abrió los ojos al ciego de nacimiento, hacer que Lázaro no muriera?"

Jesús, profundamente conmovido todavía, se detuvo ante el sepulcro, que era una cueva, sellada con una losa. Entonces dijo Jesús: "Quiten la losa". Pero Marta, la hermana del que había muerto, le replicó: "Señor, ya huele mal, porque lleva cuatro días". Le dijo Jesús: "¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios?" Entonces quitaron la piedra.

Jesús levantó los ojos a lo alto y dijo: "Padre, te doy gracias porque me has escuchado. Yo ya sabía que tú siempre me escuchas; pero lo he dicho a causa de esta muchedumbre que me rodea, para que crean que tú me has enviado". Luego gritó con voz potente: "¡Lázaro, sal de allí!" Y salió el muerto, atados con vendas las manos y los pies, y la cara envuelta en un sudario. Jesús les dijo: "Desátenlo, para que pueda andar".

Muchos de los judíos que habían ido a casa de Marta y María, al ver lo que había hecho Jesús, creyeron en Él. **Palabra del Señor.**

Todos aclaman.

Gloria a ti, Señor Jesús.

Luego el que guía los invita a sentarse y guardar un momento de silencio.

Puede leer la siguiente reflexión:

Reflexión

Decía santo Tomás de Aquino: "Tan sólo un necio trata de consolar a una madre ante su hijo muerto". Estas palabras surgen como fruto directo de la contemplación de este pasaje en el que Jesús, frente al sepulcro de su amigo Lázaro, derrama unas de las pocas lágrimas que aparecen expresamente en el evangelio.

Jesús es consciente del valor de la vida frente a la eternidad y la muerte. Sabe que el alma de Lázaro reposa esperando, como la del resto de los hombres, el momento sublime de la redención. Sin embargo, Jesús también es un hombre. Lo que en un primer momento no le cuesta aplazar cuatro días, más tarde se transformará en lágrimas y llanto: la contemplación del sepulcro de su amigo.

El regreso a la vida de Lázaro es un anticipo, una profecía, de lo que será en el futuro la resurrección de los muertos. Los amigos de Jesús, sus íntimos, sus más queridos, volverán a la vida ante el asombro de sus enemigos y las miradas mezquinas de los que en vida no acogieron a Jesús en su corazón.

Podría parecer un tema secundario o "sentimental". Pero, cuando es Dios mismo el que llora, creo que la cosa es bastante diferente y muy digna de tomarla en gran consideración. ¿Por qué llora el ser humano o qué es lo que quiere expresar con las lágrimas? Dolor físico y sufrimiento moral, tristeza, pena, aflicción. Pero también se puede llorar de alegría. Y hay lágrimas de amor, de ternura, de compasión, de piedad, de gratitud, de arrepentimiento. Lloramos cuando experimentamos un sentimiento muy vivo, muy íntimo y profundo, y que no podemos expresar con palabras.

Pues Jesús ¡También lloró aquel día de la resurrección de Lázaro! "Viéndola Jesús llorar, a María, la hermana de Lázaro, y que lloraban también los judíos que venían con ella, nos dice el evangelista, se conmovió hondamente, y se turbó, y dijo: '¿Dónde le habéis puesto?'. Le dijeron: 'Señor, ven y ve'. Jesús lloró" (Jn 11, 33-35). Es impresionante ese "Jesús lloró". Es el versículo más breve de todas las Escrituras: dos palabras. ¡Pero de cuán misteriosa profundidad!

Nuestro Señor siempre se caracterizó por el equilibrio de su carácter y por un autocontrol extraordinario. ¿Qué es lo que hay en el corazón de Jesús en estos momentos que no puede contenerse? Si llora ahora, es porque algo muy importante debe de estar sucediendo allá, en el sagrario de su intimidad. Los evangelios sólo nos refieren tres ocasiones en las que Jesús también lloró. Y ésta es una de ellas.

¿Podremos, a través de sus lágrimas, penetrar un poco en el misterio insondable de su Corazón, de su humanidad y de su divinidad?

Enseguida, juntos hacen la profesión de fe, que en el contexto del tiempo de Cuaresma puede ser con el llamado “de los apóstoles”.

Guía: El Señor nos da su luz para redescubrirlo presente aún en medio de la adversidad. Iluminados por esa luz, y como signo de comunión con nuestros hermanos en la fe, digamos juntos:

Creo en Dios, Padre Todopoderoso,
Creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, Nuestro Señor,
que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo,
nació de Santa María Virgen,
padeció bajo el poder de Poncio Pilato
fue crucificado, muerto y sepultado,
descendió a los infiernos,
al tercer día resucitó de entre los muertos,
subió a los cielos
y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso.
Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo,
la santa Iglesia católica,
la comunión de los santos,
el perdón de los pecados,
la resurrección de la carne
y la vida eterna.
Amén.

Preces

Luego el guía continúa, con las preces.

Presentamos nuestras peticiones al Señor, abriendo nuestro corazón al mundo.

R. Abre nuestro corazón, Señor

1. Para que, al alimentarnos de tu palabra, nos sintamos responsables del alimento de los hermanos. **R.**
2. Para que, como fruto de la empatía con tantos hermanos que hoy pasan hambre, nos vayamos liberando del deseo de consumir y tener. **R.**
3. Para que vivamos comprometidos con la mejora de este mundo y tu Evangelio nos fortalezca y dinamice para hacer lo realidad. **R.**

4. Para que los políticos, los creyentes y toda la gente de buena voluntad pongamos todo el interés por que haya un mejor reparto de los bienes del mundo. **R.**

Después el guía, inicia la oración dominical con estas palabras.

Guía: El amor de Dios ha sido infundido en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado; por eso llenos de fe y esperanza juntos digamos:

Y todos juntos prosiguen:

Padre nuestro...

Luego el guía invita a los presentes a desear la paz entre ellos. Evitando el saludo de manos, pueden realizar un signo externo para manifestar este deseo.

Comunión espiritual

Una vez expresado el deseo de la paz, tiene lugar la Comunión espiritual. Entonces el guía dice:

Guía: Recordemos que la *“la más perfecta participación en la celebración eucarística es la Comunión sacramental recibida dentro de la misa”* y que, la Comunión espiritual que *“es una práctica de devoción eucarística y que consiste en el deseo ardiente de decirle a Jesucristo cuánto queremos recibirle en nuestro interior”*, a diferencia de la comunión sacramental, ésta viene a ser un acto de deseo, que requiere nuestra disposición interna que debe contribuir eficazmente en nosotros para aumentar la sed de Dios y disponernos para que pronto lo recibamos sacramentalmente.

Por ello, con este firme deseo digamos juntos:

Creo, Jesús mío,
que estás verdaderamente
en el Santísimo Sacramento del altar;
te amo sobre todas las cosas
y deseo recibirte en mi interior.
Pero ya que ahora
no puedo hacerlo sacramentalmente,
ven al menos espiritualmente a mi corazón.
Y como si ya hubiera comulgado,
te abrazo y me uno todo a Ti.
Señor, no permitas que me separe de ti.

Estos mismos sentimientos se pueden expresar con un lenguaje coloquial:

Jesús, ya te extraño;
aunque deseo comulgar en este momento,
tengo que esperar
hasta que pueda participar en la Eucaristía,
por eso te pido que vengas ahora
espiritualmente a mi corazón”.

Después de un momento de silencio sagrado, se concluye con la siguiente oración.

Guía: Señor, Dios nuestro,
origen y meta de toda vida
tú que sostienes nuestro ser
para que no nos hundamos en la nada,
muéstrate compasivo con nosotros
y como a Lázaro,
restáuranos en la felicidad de la vida,
Por Jesucristo nuestro Señor.

Todos aclaman:
Amén.

RITO DE CONCLUSIÓN

Luego el guía invoca la bendición de Dios, y al mismo tiempo que él se santigua, los demás también lo hacen, diciendo:

El Señor nos bendiga,
nos guarde de todo mal
y nos lleve a la vida eterna.

Todos aclaman.
Amén.

Puede concluirse con el siguiente canto:

Ven con nosotros al caminar,
santa María ven (2).